

ron firmemente el campo; el que trató de luchar con Orvino cayó del caballo; Gernaldo, vuestro hermano, era torbellino que arrastraba cuanto se le oponía; mejor hubiera estado al enemigo no mezclarse con los héroes del Rhin; también el de Troneque, Sinoldo, y los demás que seguían la bandera de Gernaldo, cumplieron con su deber; pero cuanto acaeció de grande, de valeroso, fué obra de Sifrido. Os digo, señora, que cogió prisioneros con su propia mano al rey Ludgasto y á su hermano Ludgero, rey de Sajonia. Estos y otros ilustres rehenes, que ahora están en poder de los nuestros, los debemos únicamente á Sifrido.

El hermoso rostro de Crimilda se tiñe del color de la rosa al oír las alabanzas del amado jóven, y despide al mensajero colmándole de regalos. Llegan los valientes con los prisioneros. El rey Guntaro, tanto para celebrar la victoria alcanzada como para retener á Sifrido que quería marcharse, decide dar un gran banquete público.

## AVENTURA QUINTA.

*Cómo Sifrido vió la primera vez á Crimilda.*

Grandes preparativos se hacen para la mesa franca. El día de Pentecostes, mas de cinco mil caballeros se presentan con los adornos propios de la fiesta. « ¿Qué haré á fin de honrar dignamente á tan ilustres huéspedes? pregunta Guntaro á los suyos. Ayudadme, de modo que despues no me vituperen, pues la mayor gloria está en los hechos. — Si quieres que te se honre, responde Orvino, la buena espada, haz que tu hermana se muestre. ¿Hay cosa que pueda causar mas alegría al hombre que la vista de hermosas doncellas y nobles damas? » Guntaro, que sabe el amor de Sifrido hácia Crimilda, consiente, y manda que venga á la corte con su madre Ute y con sus doncellas.

Cien caballeros son escogidos para el servicio de la noble jóven y su madre Ute, y para que les abran camino con las espadas desnudas; cien doncellas las acompañan. Los corazones de los héroes, ansiosos de verla, palpitan tímidamente bajo las corazas. Ella se muestra: no de otro modo aparece la aurora, rompiendo la oscuridad; no de otro modo brilla entre los astros la luna, cuando está lleno su plateado disco. « ¡Soy perdido! exclama con amable modestia Sifrido, al contemplarla tan hermosa; ¡Oh! ¡cómo pude lisonjearme de que la obtendría! » Hablando así, el hijo de Siguelinda tenia una actitud tan amorosa que parecia un retrato hecho en pergamino por una mano maestra. Pero á su auxilio acudió el buen Grenaldo. « Guntaro, dice al rey, querido hermano, ahora es la ocasión (ni habrá quien censure mi consejo) de conceder á Sifrido el premio que merece, en presencia de estos valientes. Dile que venga á

recibir el saludo de mi hermana. » Sifrido se aproxima con timidez, y recibe de ella el beso de la bienvenida. « Por ese beso, dice el rey de Dinamarca que se halla presente, mas de un individuo yace muerto ó lisiado. ¡Plegue á Dios que este hombre no vuelva á visitar la Dinamarca! »

Empiezan las fiestas, y ántes de ellas el servicio divino. Sifrido y Crimilda, siempre cerca uno de otro, se van familiarizando; los dos reyes prisioneros piden que se les deje tornar á sus Estados. « ¿Qué os parece, noble Sifrido? le pregunta Guntaro. Estos reyes me ofrecen por su rescate tanto oro como puedan cargar quinientos caballos: ¿creéis que deba aceptar la propuesta? — Haréis mal, responde Sifrido: Dejadles ir sin exigirles nada; solo sí que no os vuelvan á mover guerra, y que en prenda de ello os den la mano. »

Se sigue este generoso consejo. Ludgasto y Ludgero, despidiéndose de todos, se dirigen á su país y cumplieron su promesa. Sifrido quisiera también partir; pero lo detenía el amor que debía ser la causa de su muerte.

## AVENTURA SEXTA.

*Como Guntaro fué á Islandia para casarse con Brunilda.*

Al otro lado del mar, en Islandia, vivía una hija del rey, no ménos hermosa que esforzada, la cual, para verse libre de sus muchos pretendientes, había publicado un bando, en que decía que todo aspirante á su mano debería medirse con ella en tres juegos, y que el perder en uno solo importaría la muerte. Se llamaba Brunilda. Á pesar de la dureza del partido y del ejemplo de muchos valientes que habían perecido de un modo miserable, Guntaro se decide á probar la aventura. Sifrido, que conocía el grave peligro de tal empresa, trata al principio de disuadir á Guntaro; pero consiente con júbilo en acompañarle, cuando Guntaro le ofrece, si obtiene á Brunilda, la mano de su hermana Crimilda. Fiado en la capa mágica, de que es poseedor, aquella que quitó al enano Alberico, y que además de hacer invisible al que la lleva, le da la fuerza de doce hombres sin contar la propia, Sifrido aconseja al rey que no tome consigo mas que á él, y otros dos compañeros, Agon y Danvarto.

Se encargan pomposos vestidos á Crimilda para los cuatro aventureros. La princesa y treinta de sus mas hábiles doncellas trabajan en ellos siete semanas. Los vestidos son de la mejor seda de Marruecos y de Libia, cubiertos de piedras preciosas. Hay uno de seda candidísima recamado de esmeraldas, emblema de la esperanza, y otro de armiño con encajes negros, adorno muy estimado en las cortes. Las personas que los veían tenían que confesar que no habían visto nunca vestidos mas hermosos.

Despues de mucho llorar Crimilda, que no oculta ya á Sifrido su amor, y las demas mujeres, parten los cuatro en un barquichuelo, mandado construir expresamente para bajar por el Rhin al mar. Sifrido dirige el timon, y los tres restantes se ponen al remo. Favorecidos por el viento, llegan en doce días á Islandia, donde Guntaro se admira al ver muchas y ricas aldeas, y el fuerte castillo de Insentena, residencia de Brunilda. Atendida á mis palabras, dice Sifrido á sus compañeros. Delante de la reina y de sus vasallos decid que Guntaro es mi señor, y yo su fiel sirviente. No lo hago gustoso, añade, volviéndose al rey; pero ¡qué no haría yo por la hermosa jóven que amo tanto! Es mi alma, me es mas querida que la existencia, y debo arrostrarlo todo por alcanzarla. »

## AVENTURA SÉTIMA.

*Cómo Guntaro ganó á Brunilda.*

El barquichuelo donde van los cuatro valientes llega al pié de la fortaleza, y Guntaro, viendo llenas las ventanas de hermosas muchachas, pregunta á Sifrido quiénes son: « ¿Cuál de ellas tomaríais, si se os permitiese escoger? dice Sifrido. — La que distingo allí vestida de blanco. — Los ojos os han guiado bien, rey Guntaro; es cabalmente la noble Brunilda, por quien hemos venido aquí. »

Las doncellas de Brunilda se adornan para recibir bien á los huéspedes. Sifrido, desempeñando el oficio de escudero de Guntaro, le ayuda á desmontar, y los cuatro entran en la fortaleza, Guntaro y Sifrido con sobrevesta blanca y en caballos blancos, Agon y Danvarto enteramente de negro, como un carbon apagado. Al entrar en la sala, los caballeros islandeses al servicio de Brunilda hacen dejar las armas á los Borgoñones, segun exige el uso.

Entretanto, uno del séquito de la reina á quien esta pregunta quiénes son los recién llegados, así se los descubre: « Señora, os confieso que jamas he visto á ninguno de ellos; uno, sin embargo, se me parece á Sifrido, y obraréis bien recibiendo cortesmente; tal es mi consejo. Al que está á su lado le creo digno de toda alabanza, y le sentaría bien el gobierno de un vasto reino, á juzgar por lo majestuoso de su aspecto. El tercero, aunque de hermosa presencia, es hombre de feroces sentimientos; su mirada es móvil y torcida; sin duda piensa cómo desfogar su rabia. El jóven que le sigue tiene continente y afables maneras; todos sentiríamos que le acaeciese algun mal. — Traedme la armadura, dice la reina, y si el jóven Sifrido ha venido á mis Estados por amor hácia mí, ¡ay de él! »

Pero Sifrido, á quien se vuelve ántes que á ninguno, le dice que pertenece al séquito de Guntaro de quien es vasallo, y que Guntaro es quien aspira á casarse con ella. « Pues bien,

responde Brunilda, pruebe conmigo á lanzar una piedra, que alcanzará de un salto; responda luego á un bote de lanza, y seré suya si triunfa; pero cuente que le va en ello la vida. »

Se prepara el certámen. Sifrido corre al barco en busca de la capa mágica. Llevan á la reina un inmenso y pesado escudo, una ferrada lanza y una piedra que doce hombres apenas pueden sostener. « ¿Con quién pretende casarse el rey? exclama en alta voz el de Troneque, viendo las armas y la piedra. Mejor le estaria á esa ser mujer del diablo. » Al oírle los Borgoñones, temiendo que la empresa acabe mal para ellos, se lamentan de que les hayan desarmado; pero Brunilda manda con burlesca sonrisa que se les devuelvan sus armas. « ¿Qué me importa tengan ó no armas? » dice, y recogiendo las mangas, embraza el escudo. En aquel momento Guntaro que, ya colocado frente á frente de la formidable jóven, se arrepiente de haber ido desde tan léjos por ella, y hasta se da por muerto, siente que le tocan y no ve á nadie. « Soy Sifrido, le dice este, á quien la capa hacia invisible; no temas. Cédeme solo el escudo, y mientras yo obre por tí, finge tu los movimientos como si la acción fuese tuya. » Cuando Guntaro le conoció, su corazón experimentó alivio.

Brunilda lanza la poderosa lanza; Sifrido y Guntaro son derribados por el gran golpe, y á no ser la capa mágica, ambos murieran indefectiblemente. Llega ahora su vez á Sifrido; pero el generoso príncipe dice entre sí: « ¡No quiero matar á la hermosa jóven! » y volviendo la punta de la lanza hácia atrás, se contenta con arrojarla de este modo tan fuertemente que hasta la misma Brunilda cae por tierra. Sigue la prueba de la piedra: Brunilda la arroja léjos de sí unas doce toesas, llegando á ella de un salto; pero Sifrido lo ejecuta á mucha mayor distancia, y traslada allí con su salto al rey.

Como Guntaro aparece ser el vencedor, la reina invita á los suyos para que le tributen homenaje. Sobreviene entonces Sifrido que, dejando la capa encantada, finge creer que los juegos no se han realizado aun. Cuando Brunilda le cuenta lo que él sabe mejor que ninguno: « ¡Loado sea el Cielo, exclama, pues al fin ha venido quien domase vuestra altivez! Ahora es preciso que nos sigáis al Rhin. » — « Aun no puede ser, responde la reina, porque debo convocar á mis parientes y vasallos, para arreglar los asuntos del reino ántes de partir. »

Se envían mensajeros á todos lados, y es tan grande el número de súbditos que llegan diariamente al castillo, que Agon de Troneque sospecha sea una estratagema de Brunilda irritada para apoderarse de ellos. « Esperad y os libraré también de ese temor, dice Sifrido. En pocos días conduciré aquí mil guerreros de los mejores, y entretanto disculpad mi ausencia, prestando alguna comisión vuestra. »



## AVENTURA OCTAVA.

*Cómo Sifrido fué al país de los Niebelunguen.*

Ocultado por la capa, Sifrido se encamina al puerto, y embarcándose en una navicilla, se aleja de la Islandia. Nadie veía al piloto; la navicilla hendía alegre las aguas, impelida por su fuerte brazo, y todos creyeron que la arrastraba el viento; pero no, la guiaba Sifrido, el hijo de la hermosa Siguelinda.

Al cabo de un día y una noche, la nave arriba á un país poderoso y de grande extension; es el país de los Niebelunguen, donde Sifrido conquistó el rico tesoro. Cerca de la orilla hay un monte y sobre él un castillo, adonde el jóven se dirige y pide asilo, fingiendo ser un caminante desconocido.

« ¡Abrid! grita, disfrazando la voz y golpeando impetuosamente; ¡abrid! ó lo pasarán mal muchos que duermen tranquilamente en su cuarto. » Sale entonces un enorme gigante, encargado de custodiar la fortaleza, y se lanza sobre Sifrido, el cual, desarmándole, le ata. Al oír aquel rumor, acude Alberico el enano que, manejando un látigo de oro, del que penden siete balas del mismo metal, da grandes golpes á Sifrido; pero este le coge de la larga barba, y apoderándose tambien de él, le ata, como al gigante. En seguida se da á conocer y suelta á ambos, intimándoles que reunan mil hombres de los mas valientes del país. Estos acuden al momento, provistos de las armas necesarias y uniformados; Sifrido los conduce á Islandia.

Brunilda, despues de acoger bien á los Niebelunguen, cede las riendas del Estado á un tío suyo, y con numeroso séquito de caballeros y doncellas deja la patria, que no debía ver mas.

## AVENTURA NOVENA.

*Cómo Sifrido fué enviado á Vormazia.*

Este canto, que solo tiene treinta y cinco estrofas, es poco interesante. Sifrido precede al rey en su vuelta á Vormazia, para llevar á sus hermanos, á Crimilda y á Ute, madre de esta, la noticia del triunfo; Gernaldo, Guisiliero y las mujeres, viéndole llegar sin el rey, temen al principio que haya sucedido alguna desgracia; pero, ya tranquilos, se ocupan en los preparativos necesarios para recibir dignamente á Guntaro y Brunilda, y celebrar con fiestas su boda.

## AVENTURA DÉCIMA.

*Cómo Brunilda fué recibida en Vormazia.*

Los Borgoñones salen á recibir á los novios y su acompañamiento, que aparecen en la otra

rilla del Rhin; Brunilda y Crimilda se abrazan; se sirve el banquete.

Antes de darse el agua para las manos, Sifrido recuerda su promesa á Guntaro y exige la cumpla. « Acordáos, le dice, que jurásteis concederme vuestra hermana, si lograba traer á Brunilda á vuestros Estados: ¿qué es, pues, de vuestro juramento? — Está bien, responde Guntaro, y llamando á Crimilda, le pregunta si quiere casarse con el héroe. La jóven al principio aparenta cierto rubor; mas por último contesta afirmativamente, y Sifrido le da el ósculo de esposo. Hecho esto, las circunstancias se dividen en dos grupos: Sifrido y Crimilda son de allí en adelante respetados como á su categoría conviene; los Niebelunguen, dejando la bandera de Guntaro, se ponen bajo la de su rey Sifrido.

Pero Brunilda, á quien este había dicho que pertenecía á la servidumbre de Guntaro, se lamenta de que Crimilda, hija y hermana de rey, se case con un vasallo. « ¿No me quejo justamente, dice la altiva doncella, al ver á vuestra hermana sentada junto á un vasallo vuestro? — Tranquilizáos, responde Guntaro; mi hermana puede considerarse feliz con tal marido; en otra ocasion es aclararé todo. »

Mas Brunilda no es mujer que se aplaca fácilmente, y cuando llegada la noche, Guntaro quiere acostarse á su lado, la severa doncella le declara lisa y llanamente que no la tocará mientras no le explique aquel misterio. Guntaro resiste, y Brunilda, atándole con un ceñidor suyo, le cuelga, cual si fuese un adorno, de un clavo, dejándole en tan miserable estado hasta el amanecer. Si entonces le suelta, es por no exponerle á la risa de los cortesanos, y no antes de que Guntaro le prometa solemnemente estarse quieto en un rinconcillo del lecho sin molestarla.

Fácil es imaginar cuál sería el humor de Guntaro el día siguiente. Mientras los demas caballeros justan y se divierten, mientras las mujeres le están mirando desde los balcones, el pobrecillo permanece solo en un ángulo. Sifrido le pregunta la razon, y él le confía su mala ventura, mostrándole en prueba de ello las manos hinchadas; el buen Sifrido resuelve ayudarle tambien en aquel trance. « Amo tanto á vuestra hermana, le dice, que me encargo de hacer que Brunilda se someta desde hoy á vuestra voluntad. Yo iré esta noche á la estancia nupcial oculto por mi capa mágica, y en señal de que he llegado, apagaré las luces en mano de los pajes. Entonces haced que todos se retiren, y si no pierdo la vida, Brunilda os complacerá. » — « Con tal que no te acuestes con ella, añadió Guntaro, haz lo que gustes, aunque hubiese de quedar muerto á sus manos. Es una mujer terrible. — Os lo prometo, repuso Sifrido, pues quiero á mi mujer sobre todas las cosas. » Guntaro le presta plena fe.

Habiendo llegado la noche, Sifrido, según había dicho, se introduce en la estancia nup-

cial, y empieza una lucha obstinada entre él y Brunilda, que le cree Guntaro. Al acercarsele por la primera vez, la fortísima doncella le lanza fuera de la cama sobre un banco, y trata de atarle con el ceñidor; pero Sifrido la hace frente, y despues de una larga y vigorosa contienda, acaba obligándola á pedir como don la vida y á condescender con todos los deseos de su marido. Entonces Sifrido, cediendo el puesto á Guntaro sin que Brunilda lo advierta, sale del cuarto, llevándose en clase de trofeo un anillo que aquella tenia en el dedo, y el ceñidor: trofeos fatales, que Sifrido regaló en seguida á su mujer y fueron causa de la muerte del príncipe y del total exterminio de los Borgoñones.

## AVENTURA UNDÉCIMA.

*Cómo Sifrido volvió á sus Estados con su esposa.*

Terminadas las fiestas y despedidos los huéspedes, tambien Sifrido se dispone á volver á sus Estados. Guntaro y sus hermanos le ofrecen parte de su reino y sus castillos en dote; pero Sifrido no acepta. « Á lo ménos, dice Crimilda, llevemos con nosotros un buen número de valientes Borgoñones; é invita á Agon de Troneque á acompañarla; mas este se niega lleno de ira. » Elegid otros, responde aquel hombre altivo. « Debiérais saber cómo piensan las personas de mi clase. Mi puesto está junto al rey, á quien sirvo. »

En Sante, Sifrido y Crimilda son acogidos con todo el amor de Segismundo y Siguelinda, que deponen la autoridad real en manos de su hijo. Señor de un vasto reino, sin contar el país de los Niebelunguen, dueño del mas rico tesoro que se ha visto jamas en el mundo, Sifrido es el hombre mas dichoso de la tierra, y sus súbditos son felicísimos bajo su suave gobierno. Al cabo de diez años muere Siguelinda. Crimilda pare un niño, á quien se pone el nombre de Guntaro, que es el de su tío, y Brunilda da á luz otro, al que en honor del esposo de Crimilda se llama Sifrido.

## AVENTURA DUODÉCIMA.

*Guntaro convida á Sifrido á un banquete público.*

Pero la mujer del rey Guntaro pensaba diariamente con despecho entre sí, diciendo: « ¿Cómo puede Crimilda llevar tan alta la cabeza, si su esposo Sifrido es vasallo del mío? Mucho tiempo hace que no nos tributa ningun servicio. » É inducida de tal idea, suplica á Guntaro, valiéndose de caricias y otras señales simuladas de afecto, que convide á Sifrido y Crimilda para que vayan á ver á sus parientes.

El débil Guntaro cede á las repetidas instancias de Brunilda. Una embajada de treinta valientes, conducidos por Gero, sale con direccion

al castillo de los Niebelunguen, en los confines de Noruega, donde se encuentra Sifrido, para invitarle, en union de su esposa, á un gran banquete público. Despues de consultar á los suyos, Sifrido acepta el convite, y se dispone á partir con su mujer y un escuadron de mil valientes: tambien Segismundo, su padre, le acompañará con otros doscientos. Cuando Gero y sus compañeros, de vuelta á la corte de Borgoña, hablan de los ricos regalos que les había hecho Sifrido. « Se porta bien, observa el envidioso Agon de Troneque; y aunque viva eternamente, nunca agotará el tesoro de los Niebelunguen, que está en su poder. ¡Oh! ¡Si lo tuviésemos en Borgoña! »

## AVENTURA DÉCIMATERCIA.

*Cómo Sifrido y Crimilda fueron á Borgoña.*

Sifrido, Crimilda y Segismundo se encaminan á Borgoña, dejando atras el niño, que no debía volver á ver á sus padres. Se hacen grandes preparativos en el Rhin para recibir á los reales huéspedes y en cuanto llegan, se les acoge cordialmente y con magnificas fiestas. Brunilda es la que no cesa de pensar cómo puede un vasallo ser tan rico, poderoso y acatado, y resuelve obligar á Crimilda á que le aclare el enigma: « Suceda lo que suceda, dice, es preciso que Crimilda me explique por qué su marido no se presta hace tanto tiempo á los debidos officios de vasallo como es. » Estuvo expiando, pues, la ocasion, hasta que el demonio la indujo á convertir las fiestas en luto, tanto que por su culpa mas de un país quedó desierto.

## AVENTURA DÉCIMACUARTA.

*Disputa de las dos reinas.*

Asistiendo un día á los juegos acostumbrados antes de anochecer, la chispa que ardia desde tanto tiempo oculta en el seno de Brunilda, estalló y se convirtió en incendio.

« — ¡Qué grande hombre tengo por marido! empieza diciendo Crimilda. Merecería el dominio de todos estos Estados.

« — Sí, observa Brunilda si no viviese Guntaro. ¡Mírale cuál se eleva entre todos los caballeros que le circundan! ¡Oh! ¡bien puedo llamarme dichosa! En cuánto á Sifrido, por bueno y valiente que se le considere, es siempre vasallo. Se lo oí decir á él mismo, la primera vez que le ví en Islandia, formando parte del séquito del rey Guntaro.

« — Por favor, Brunilda, no habléis de ese modo. ¿Cómo mis nobles hermanos hubieran dado mi mano á un siervo?

« — Lo es, sin embargo.

« — Para probarte que no, todo el séquito de



nosotras dos me verá hoy entrar en la iglesia antes que la reina.

«— Si quieres probar que no eres vasalla, será preciso que separes tus damas de las mias cuando vayas al monasterio.

«— Así lo haré.»

À esta disputa en privado sucede otra mas encarnizada y escandalosa en público, cuando presentándose Crimilda con sus damas à la puerta del monasterio para entrar la primera, Brunilda le intima que se detenga y la ceda el paso, pues que la vasalla no debe preceder à la reina.

«— Mejor te estaria haberte callado, responde furiosa Crimilda. ¿Cómo osas llamarte reina, tú que fuiste antes concubina de otro?

«— ¿Quién dices que fué concubina?

«— Tú, à quien mi Sifrido poseyó antes que Guntaro. ¡Qué tonto es mi hermano si cree haber obtenido tu flor virginal! » Y hablando así entra soberbiamente en la iglesia dejando à Brunilda inundada de lágrimas.

Cuando sale, Brunilda, recobrada un poco de su consternacion, exige de ella pruebas. Crimilda nuestra el anillo y el ceñidor que se llevó Sifrido, y Brunilda refiere todo lo ocurrido à su esposo, exigiéndole que venga su honor.

Se instruye una especie de proceso doméstico. Guntaro interroga à Sifrido; este niega que se hubiese alabado nunca de lo que su esposa le imputa, y da en prenda su mano; añade que son habladurías de mujeres, y que Guntaro piense en hacer estar quieta à su esposa, pues por su parte él haría que à Crimilda se le acabasen las ganas de andar con tales discursos. Pareciéndole suficiente la satisfaccion, el pacífico Guntaro está dispuesto à no mentar mas el asunto; pero Gernaldo, Orvino; y en especial el iracundo Agon, viendo à la reina llorosa y disgustada, protestan que quieren vengar su llanto, y proponen matar à Sifrido. Se opone à ello el jóven Guisiliero, y Guntaro no se decide tampoco à quitar la vida à un héroe que tanto le ha servido; añadiendo la prudente observacion del riesgo que correrian con un hombre como Sifrido, si llegaba à columbrar sus proyectos. Pero el consejo de sangre prevaleció.

«— En cuánto al modo, dice Agon à Guntaro, queda de mi cuenta. Hagamos venir à la corte mensajeros desconocidos con amenazas de guerra. Reunid vuestros vasallos, y fingid que marcháis à su cabeza contra el enemigo. Sifrido indudablemente ofrecerá acompañaros. Toca entónces à mí lo demas. Tan pronto como su mujer me revele el secreto del encanto, su muerte es segura.»

#### AVENTURA DÉCIMAQUINTA.

##### Traición contra Sifrido.

Cuatro dias despues se ven llegar à la corte de Guntaro treinta y dos jinetes, que fingien-

dose vasallos de Ludgero, le declaran la guerra en su nombre. Sifrido toma à su cargo de nuevo la empresa. Agon, aparentando quererle acompañar y defender, consigue saber de Crimilda el único sitio en que Sifrido es vulnerable. Cuando se bañó en la sangre del dragon, una hoja de tilo que le cayó por casualidad en un hombro impidió que la sangre influyese en aquel punto como en lo demas del cuerpo, y de consiguiente es el único sitio en que puede ser herido. «— Pues bien, añade el traidor, à fin de que acierte à resguardarle de los golpes enemigos en el ardor de la pelea, cedele sobre el vestido una pequeña señal allí cabalmente donde es vulnerable.» La incánta Crimilda promete hacerlo, y Agon parece satisfecho.

Sifrido se pone en marcha para atacar à Ludgero; Agon le acompaña con objeto de ver si Crimilda ha cumplido su promesa; pero apenas ve en el vestido la señal convenida, finge que vienen nuevos embajadores de Ludgero à pedir la paz, y propone una gran cacería, en la cual Gernaldo y Guisiliero, sabedores de la traicion, rehusan tomar parte.

#### AVENTURA DÉCIMASEXTA.

##### Cómo Sifrido fué asesinado.

Cuando Sifrido va à despedirse de su esposa, Crimilda, agitada de negros presentimientos, trata de disuadirle de ir à la cacería. «— ¡Quédate! le dice: he soñado que te seguian los jabalíes, y que enrojecian la yerba con tu sangre. Las lágrimas que involuntariamente bañan mis mejillas presagian alguna desventura. Tienes enemigos que te odian, y podrian valerse de la ocasion; ¡oh, quédate!

«— Estaré pronto de vuelta, querida; disipa esos vanos temores. No sé que nadie me odie aquí, ni lo he merecido.

«— Sin embargo, amado Sifrido, temo por ti. Soñé tambien que dos montes se habian desplomado sobre ti, con lo que no te ví mas: si te marchas, no habrá paz ni sosiego para mí.»

El héroe la besa, y parte: la infeliz no le volvió à ver sino muerto.

En la caza, como en la batalla ó en la justa, Sifrido no tiene rival. Los jabalíes, los búfalos y las fieras de todas clases que mata, son tantas que por poco que permaneciese en el bosque no dejaría allí ningun animal con vida. Un oso vivo que impele y obliga à entrar en la cocina, produce en ella mucha confusion, con gran solaz de los presentes. Por último, se sientan todos à la mesa, y empieza Agon à poner en práctica la traicion meditada. Abundan los manjares, pero falta enteramente el vino. Guntaro echa la culpa à Agon: este se excusa diciendo que creía debía disponerse el banquete en otro lugar, y que à él habia enviado el vino; añadiendo que no léjos de allí,

sabía dónde estaba una fuente, y que el que quisiese acompañarle, podria apagar la sed à su gusto. Todos se dirigen à la fuente. Para separar à Sifrido del resto de los cazadores, Agon le propone probarse con él à correr hasta allí; Sifrido acepta, y llega antes que ninguno; en seguida aparecen Agon y Guntaro.

Aquel era el lugar y el tiempo fijado para dar muerte à Sifrido. Cuando el buen hijo de Siguelinda, cortés no ménos que valiente, despues de haber dejado que bebiese primero Guntaro, arrimando à la fuente las armas, se inclina para beber, Agon, apartando de allí antes la espada y el arco y cogiendo la lanza que Sifrido habia apoyado en un árbol, se la clava al traves del hombro y por el sitio donde estaba cosida la señal, en el corazon.

Son muy tiernas las quejas del héroe moribundo, y las reprensiones que dirige à sus asesinos: «— Habéis deshonorado en este dia toda vuestra descendencia; se os excluirá con infamia de la caballería. ¡Oh! qué mal me habéis pagado lo que hice por vosotros, à mí que os defendí y salvé! Pero si aun acogéis una súplica mia, ¡ay, os recomiendo à mi cara esposa! Válgala ser hermana vuestra; socorredla; me esperarán en vano mi padre y su escudron.» El dolor le priva por un momento de la palabra; las últimas que pronuncia son una prediccion. «— Ved lo que os digo; dia vendrá en que os arrepintáis de mi muerte. Creedlo por mi fe; os habéis matado à vosotros mismos.»

Despues de espirar Sifrido, deliberan cómo ocultar que habia sido asesinado por Agon. Algunos aconsejan se diga que ha muerto à manos de ladrones mientras vagaba solo en el bosque; pero el de Troneque no quiere recurrir à la ficcion. «— ¿Qué me importa, dice, que lo sepa la que tanto disgusto ha dado à Brunilda? Que lllore y haga como guste; no me cuida de ello.»

Al anochecer repasaron el Rhin con el cadáver. Ninguna cacería ha tenido jamas un fin tan triste.

#### AVENTURA DÉCIMASETIMA.

##### Cómo Sifrido fué llorado y sepultado.

Oiréis de lo que fué capaz una grande insolencia y una atroz venganza. Agon mandó llevar al asesinado señor de los Niebelunguen à las habitaciones de Crimilda, y colocarlo oculta-mente en el umbral, para que ella al salir, antes de que aclarase el nuevo dia (como tenia de costumbre), tropezase con el cadáver. Oíase ya el usado toque de la campana del monasterio, y Crimilda iba despertando à sus doncellas, pidiendo luces y vestidos, cuando uno de los camareros encontró allí el cuerpo de Sifrido. Le vió cubierto de sangre; pero no se figuró que fuese su señor, y entrando otra vez

con la luz, describió el cruel espectáculo que acababa de ver. En aquel momento estaba para salir Crimilda con sus damas è ir à la iglesia; pero el camarero le gritó: «— ¡Oh! detenéos, señora, en el umbral yace muerto un caballero. — ¡Ay de mí! exclamó Crimilda: ¿qué quieres decir con eso? » Mas antes que viesse con sus mismos ojos al amado consorte, se acordó de las preguntas de Agon y de que le habia prometido engañosamente servirle de escudo; y al instante presintió su desventura. Con Sifrido morian todos los gozes de su vida.

Cayó sin desplegar los labios, y en su rostro estaba impresa una palidez mortal. Al fin recobró los sentidos y prorumpió en gritos tan dolorosos que atronó la estancia. Los sirvientes decian: «— Quizá sea un extranjero. — ¡No! ¡No! respondia Crimilda y de su boca brotaba sangre; es Sifrido, mi amado Sifrido. Brunilda aconsejó el nefando acto, y Agon se encargó de llevarlo à efecto.»

Hizo que la guiasen adonde yacia Sifrido, levantó con su cándida mano la cabeza del héroe, y à pesar de la sangre de que estaba bañado, le conoció: era su amado Sifrido, el valiente y piadoso héroe de los Niebelunguen. Despues que el afecto dió lugar en el corazon de la reina à un dolor mas suave, prorumpió de este modo: «— ¡Ay de mí! ¡reservada à tal suplicio, à tan gran maldad! Y sin embargo, ninguna cuchillada podia atravesar tu escudo. Caíste à manos de un asesino. ¡Oh! ¡que me sea à lo ménos conocido, para obtener de él larga y completa venganza, que iguale al enorme crimen! » Las doncellas y los sirvientes respondian à los lamentos de su señora, à su llanto, à sus gritos, con voces semejantes, quejándose de haber perdido de tan cruel manera à un señor tan bueno. ¡Ay, demasiado satisfacia Agon la celosa rabia de Brunilda!

Al fin la afligida reina dijo: «— Vaya uno de vosotros, y despierte à los valientes vasallos del buen Sifrido con la triste nueva. Vea tambien à Segismundo, refiérale mi pena é invítele à llorar conmigo la muerte de su hijo.» Inmediatamente un mensajero corrió adonde dormian los Niebelunguen, y su narracion convirtió la alegría en luto; no lo hubieran creído, à no oír el llanto y las quejas. El mensajero llegó al sitio en que descansaba el rey Segismundo (si bien no dormía, pues una secreta voz de su corazon le predecia lo que habia pasado, anunciándole que no volvería à ver à Sifrido), y le habló así: «— ¡Rey Segismundo, despiértate! Me envía la reina Crimilda. Una desgracia superior à todas la abrume: ven à llorar con ella, pues tambien à ti te alcanza.»

El rey se incorporó de súbito exclamando: «— ¿Qué quieres? ¿Qué desgracia agobia à la hermosa Crimilda? » Y el mensajero contestó llorando: «— ¡Oh, preciso es que te la revele! Han asesinado al valiente Sifrido.» El rey le dijo: «— Deja, amigo, las chanzas, pues esa cruel noticia que finges me despedaza el alma,



ó infeliz de ti si otra vez brotan de tu labio tan terribles palabras. — Si no me crees, repuso el mensajero, vé tu mismo y escucha los lamentos de Crimilda y su servidumbre por el asesinado Sifrido. » Entónces un repentino terror acometió á Segismundo, y cundió por sus venas un sudor frio, estremeciéndose todos sus miembros.

Saltó de la cama, y con él cien valientes que, empuñando sus largas y agudas armas, acudieron al oír lamentarse al rey; tambien se presentaron los mil hombres de Sifrido. Querian vestirse negras ropas; algunos perdieron casi el predominio de los sentidos: tan dolorosa fué la cruel nueva para el corazon de los fuertes. Cuando el rey llegó á la presencia de Crimilda, exclamó: « ¡Qué desgracia! ¿Por qué venimos á esta inicua tierra? Y si estos se llaman amigos, ¿quien nos privó, á mí de mi hijo, y á ti de tu esposo? — Si lo supiese, respondió Crimilda, no seogaria hasta obtener el condigno castigo del traidor, y quisiera que los amigos de este experimentaran un sentimiento eterno. »

¡Oh! ¿quién podría referir la angustia, el llanto, los gritos de los amigos y de los sirvientes, que atronaron la sala, el palacio y toda la ciudad, al arrojarle el rey Segismundo sobre el cuerpo de su hijo y abrazarle, teniéndole estrechado largo tiempo contra el seno? ¿Quién consolará á la viuda de Sifrido? Despojaron al cadáver, que ni aun la muerte habia afeado, y despues de haberle lavado la herida, le colocaron en el ataud, á cuyo alrededor se agolpaban los suyos mostrando su duelo con llantos y gemidos. De repente aparecieron los valerosos Niebelunguen: « ¡Venganza! Dentro de estos muros está el que asesinó á nuestro señor; no quedará impune mucho tiempo. » Diciendo así, se armaron de punta en blanco, llenos de furor. Eran mil y ciento, la flor de los valientes, que siguieron la bandera del rico Segismundo; y este, como el deber le imponia, queria vengar á su hijo; pero no sabian contra quién asestar su ira no siendo contra Guntaro y sus adictos, que acompañaron á Sifrido en la caza. Crimilda vió el fogoso ardor y las armas, y se redobló su pena. No obstante, lo inmenso de su dolor y lo acerbo de su mal le dolia tanto ver sucumbir á aquellos hombres esforzados en su lucha con las famosas tropas de su hermano, que, dulcemente y como acostumbra el amigo respecto del amigo, trató de disuadirlos de su intento. « ¿Á qué peligro te expones, oh rey? decia la sin ventura. ¿Ignoras las inclitas espadas con que cuenta Guntaro? Todos corréis á una muerte inevitable si osáis marchar contra ellos. »

Levantando los escudos, seguian los Niebelunguen en su afan de guerra, y Crimilda empleaba ya el ruego, ya el mando para hacerlos desistir. Al cabo, viendo que sus palabras eran inútiles, exclamó con acento doloroso: « Refrena, rey mio, ese ardor inoportuno; por poco

tiempo, aguarda lugar y ocasion á propósito. Nadie mas que yo vigilará para que no falte la venganza á mi difunto esposo, y el que me le arrebató expiará su crimen; pero aquí, á orillas del Rhin, son demasiado valientes, y en el combate os tocara la peor parte, pues contra uno de vosotros pelearian mas de treinta. Dios en su justicia les devuelva lo que hicieron; entretanto vosotros, ¡oh valientes! permaneced aquí hasta que sea de día, y ayudadme á cubrir en la tumba á mi señor. » Los Niebelunguen dijeron: « Hágase como quierdes. »

Sería imposible describir cuál se oían los gritos y lamentos de las doncellas y los caballeros, tanto que el ruido llegó á la ciudad. Los ciudadanos corrian presurosos, y no sabiendo la causa de la muerte de un héroe tan insigne, se unieron á los doloridos; las mujeres aumentaban el clamor general. Aumentóse el llanto cuando se alquiló á los herreros una grande arca, muy adornada de plata y oro, y guarnecida en torno de bien templado cuero.

Habia trascurrido la noche, y se aproximaba el día; la reina mandó que se llevase al monasterio á su muy amado Sifrido, y detras de él iban llorando cuantas personas le querian. Al llegar al templo, los clérigos empezaron á salmodiar por todas partes y las campanas á sonar de un modo triste: en aquel momento llegó el rey Guntaro con sus adictos y el feroz Agon. ¡Oh, mejor les hubiera estado evitar semejante sitio!

« Querida hermana, dijo, esta irreparable pérdida será para ti, y tambien para nosotros, manantial de inmenso dolor! Siempre ¡ah! siempre llorarémos tan gran daño! — Fingido es vuestro dolor, exclamó la sin ventura, y lo que sucedió, á ser verdadero vuestro sentimiento, no hubiera sucedido. Ciertamente os olvidásteis de mí; no sé disimular, cuando para siempre me fué arrebatado el caro esposo. ¡Oh, que no hubiese yo muerto por vuestra mano en vez de él! »

Ellos negaron. Entónces Crimilda torna á decir: « El que se alaba de justo é inocente, pruébelo delante de todo el mundo; la prueba es fácil. Acérquese al ataud, y en el mismo instante se descubrirá la verdad. » Es un gran prodigio, pero á menudo acontece que si se aproxima á la persona asesinada el que todavía está caliente con la sangre, las heridas hierven de nuevo y viva sangre brota de ellas; pues bien, allí se vió, patentizándose la perfidia y traicion de Agon.

Al reanimarse las heridas y destilar sangre fresca, el llanto y la ira de los circunstantes se aumentaron. Guntaro penetró en medio de ellos, y dijo: « Os hablo con verdad; viles ladrones han muerto á Sifrido, y no Agon. — Conozco bien esos ladrones, respondió Crimilda. Dios le vengará por mano de sus amigos. Tú le asesinaste, Agon, y tú, Guntaro. »

Apénas oyeron estas palabras, los valientes, fieles al héroe muerto, querian encender la lid;

pero la reina se interpuso. En esto llegaron Gernotto y el jóven Guisiliero, que, á la vista del cadáver, se desataron á llorar y á lamentarse; llanto sincero, pues habian amado de corazon á Sifrido, y que corria de sus ojos copiosamente. En seguida se tornó á las preces, y de todos lados acudian hombres y mujeres al monasterio, viéndose llorar á alguno que en su interior gozaba. « Amada hermana, decian Gernotto y Guisiliero, no remedia el dolor la muerte, y por lo mismo refrena el tuyo y cede á nuestro amor, que solo tendrá fin con la vida. » Pero sus piadosas palabras no producian efecto, ¡Ah, no hay en el mundo quien consuele su pena!

El día estaba muy avanzado, concluida la caja; el cuerpo fué quitado del ataud, y con esto creció el disgusto, pues aun no queria Crimilda que le enterrasen. Se le envolvió en preciosas pieles, y no hubo quien no vertiese lágrimas en medio de tal escena; pero se distinguia entre todos la veneranda Ute por sus suspiros. Cuando el vulgo oyó los frecuentes salmos, el himno fúnebre, y circuló la noticia de que ya estaba en la caja, se agolpó mucha gente, y fueron grandes y ricas las víctimas piadosas que, para impetrar del Cielo el eterno descanso del muerto, se ofrecieron en todas partes, pues el buen Sifrido tenia muchos amigos entre sus mismos adversarios.

La infeliz Crimilda dijo á los camareros: « Voy á dirigiros una súplica; á los que amaron á mi señor, y son adictos á mí, en beneficio del alma de Sifrido prodigadles el oro á manos llenas. » No faltó á las preces ningun niño que tuviese apénas asomos de juicio. Ántes de la noche se celebraron mas de cien misas, y fué grande la concurrencia de amigos del héroe.

Terminados los sagrados ritos, el pueblo salió de la iglesia, y la reina se expresó en estos términos: « Espero no me dejaréis sola aquí custodiando al valiente que consigo se ha llevado toda mi alegría. Hasta que el sol tres veces y otras tantas la noche vuelva, quiero velar en este sitio, y alimentar el corazon con la vista de mi caro esposo. ¡Quién sabe si Dios en su piedad me concederá morir tambien! así el dolor de la infeliz Crimilda acabaria para siempre. »

Los ciudadanos se retiraron á sus habitaciones; pero suplicó á los clérigos, á los frailes y á los sirvientes que no se separasen del difunto. Noches angustiosas pasaron y dias crueles; muchos no probaron comida ni bebida, y á los que la querian se les dió en abundancia, que tal era el decreto del rey Segismundo. Los Niebelunguen trabajaron mucho. Á cuantos su pobre é inferior condicion no les permitia ofrecer dones á la iglesia, mandó dar Crimilda de su tesoro sumas considerables; una vez muerto aquel á quien amaba, á manos llenas prodigó las riquezas por su reposo. Se dieron tierras á cuantos claustros y á cuantas personas

honradas habia en el país, y se repartieron con profusion á los pobres vestidos y dinero, mostrando así el amor que les profesaba.

El tercero día, á la hora en que empezó de nuevo la salmodia, apareció abierto el cementerio, siendo inmensa la concurrencia é incessantes los lamentos. Como se debe á un amigo, el antiguo amor seguia hasta la tumba al difunto rey. Treinta mil marcos de plata y quizá mas (segun refiere la historia) se distribuyeron durante cuatro dias á las pobres en sufragio del muerto: entretanto su belleza pasó como la vida.

Despues que tuvieron fin las preces y los cánticos, la gente podia apénas resistir el dolor, y cuando se trató de llevar el cuerpo desde la iglesia al cementerio, se oyeron nuevos lamentos y todos lloraban á lágrima viva. El pueblo exhalando alaridos se colocó detras del féretro; hombres y mujeres, en medio de su llanto, entonaban cánticos y dirigian al Cielo súplicas. ¡Cuántos clérigos acudieron á la ceremonia!

Cuando Crimilda llegó á la abierta fosa, se apoderó tal dolor de su alma, que las lágrimas inundaron su semblante. Su angustia excedia á toda ponderacion, y fué milagro que recobrase sus facultades extraviadas. Gemian con ella muchas mujeres. Entónces la reina dijo: « ¡Oh, vosotros, los que eligió Sifrido! ¡La fe que habéis jurado os haga acceder á un deseo mio; por todo lo que he padecido, concededme un favor! ¡Ah! ¡que vea por la última vez, desventurada, su hermosa cabeza! » Tal fué su ruego, instando con tanto fervor que se procedió con instrumentos á propósito á abrir la caja; en seguida condujeron allí á la triste viuda. Crimilda levantó la cabeza del muerto con su cándida mano, y la besó, fria como estaba; el inmenso dolor hacia brotar sangre de sus hermosos ojos.

Al tiempo de partir se redoblaron los gemidos; pero al cabo, no pudiendo sostenerse en pie, fué arrancada de allí Crimilda casi exánime, á causa del hondo pesar que la embrazaba. No fué menor el sentimiento de los Niebelunguen que habian seguido á su señor, cuando le vieron yacer sepultado; desde aquel día no se volvió á ver la risa en los labios del rey Segismundo: hubo persona que durante tres dias no probó alimento ni bebida alguna: ¡tan grande fué el duelo! No obstante, al fin venció la naturaleza, y como acontece por lo general, todos acabaron por consolarse.

#### AVENTURA DÉCIMOCTAVA.

##### *Segismundo vuelve á sus Estados.*

« Vámonos á nuestros Estados, decia á Crimilda el rey Segismundo. Aquí no se nos quiere mucho; venid conmigo. Nadie os culpá de que una indigna traicion nos haya arrebatado en este país al noble Sifrido. Os seré